

Isidro Vanegas.

Los socialistas colombianos.

Bogotá: El Plural, 2024. 211 páginas.

Los investigadores que nos hemos interesado por las distintas facetas de la historia del socialismo temprano en Colombia habíamos esperado con paciencia el libro del historiador Isidro Vanegas, quien desde hace ya varias décadas había insinuado en tesis y artículos algunas hipótesis para pensar el socialismo como un fenómeno de la cultura política nacional. En este libro, Vanegas revisita algunas ideas consideradas en su trayectoria de investigación sobre el socialismo, pero esta vez les da un nuevo vuelo a partir de una relectura y análisis que pone en tensión los liderazgos políticos de esta generación que se empeñó en darle sentido al proyecto político del socialismo colombiano.

El lector se puede encontrar con una historia que permite entender la aparición de otras figuras y liderazgos políticos que buscaron representar las aspiraciones del pueblo en las primeras décadas del siglo XX. El hilo de la argumentación se teje sobre tres capítulos centrales y una selección de fotografías de los liderazgos socialistas, en donde se pueden encontrar momentos y quiebres en las formas de representación de los sectores plebeyos. En el primer capítulo, “Los socialistas republicanos”, el autor ubica los intereses del socialismo y sus dirigentes por confeccionar un proyecto político autónomo con la capacidad de representar al pueblo trabajador. Este tipo de aspiraciones pueden asociarse a las discusiones historiográficas que han explorado las distintas manifestaciones del republicanismo plebeyo que aparecen en el siglo XIX, las cuales inciden en las formas de acción pública y en la definición sobre el proyecto de nación.¹

Aunque los socialistas republicanos encuentran en las vertientes políticas populares del siglo XIX elementos de sus repertorios enunciativos, existen diferencias que son resaltadas en el análisis y que ponen en escena la búsqueda de formas de organización autónoma a través de las cuales los sectores plebeyos hacen más visibles sus demandas. A partir de las características de los liderazgos y las experiencias partidarias, como el Partido

1 James Sanders, *Republicanos indóciles. Política popular, raza y clase en Colombia, siglo XIX* (Bogotá: El Plural, 2017).

Obrero (1916), que se sitúo desde las demandas materiales y económicas, y el Partido Socialista (1919-1924), cuyos dirigentes defendieron su rol como políticos, el autor identifica otras lógicas de representación de los trabajadores que eran concebidos como “el centro y agentes de un proyecto en la escena pública” (p. 60).

El capítulo “La Revolución Rusa” explora algunos de los “ecos locales” de la Revolución y la manera en que fue leída y considerada por los dirigentes de izquierda. Este capítulo puede leerse como un clivaje entre las formas de concebir la acción pública del socialismo republicano y la aparición del socialismo revolucionario. Sin embargo, el análisis se despoja de las lecturas fáciles que conciben este momento como una simple transición, para dar paso a consideraciones sobre la manera en que la revolución de las “lejanas estepas” y su progresivo conocimiento entre el público local adquirió el tono de una polémica, en donde las posturas “maximalista” y “violentas” se enfrentaron a aquellas que defendían la elevación material de las condiciones de los trabajadores en el marco de la institucionalidad existente. La virtud del capítulo radica en presentar las distintas facetas de los socialistas frente a este importante fenómeno que alteró los repertorios políticos y de acción colectiva.

En el intermedio de estos dos capítulos, se puede ver un desfile de rostros y figuras, de hombres y mujeres, que el historiador ubica en términos de su profesión, procedencia social y participación en el socialismo colombiano. En la introducción se anuncia que la selección fotográfica, construida a partir de la búsqueda cuidadosa en repositorios hemerográficos, archivos institucionales y bibliotecas, es una forma de acercarse a “la ropa que visten, los ademanes que usan, los símbolos que enarbolan” (p. 19). Aunque el autor nos guía por algunos de estos elementos en las cortas descripciones de cada fotografía, este es un punto que queda pendiente por encarar y que puede ser subsanado con futuras investigaciones interesadas en la simbología, la espacialidad y la materialidad de este mundo socialista que se desarrolló entre salones de conferencias, talleres de artesanos, casas privadas, espacios públicos, veredas y talleres tipográficos.

El libro se cierra con un capítulo dedicado al análisis del socialismo revolucionario, aquel que toma forma nominal con la creación del Partido Socialista Revolucionario en 1926. El autor, en este punto, se decanta por el análisis de los liderazgos socialistas que se saturan de un conjunto de “alucinaciones doctrinarias” (p. 164) y que se ven reflejadas en los hombres y mujeres que se dedicaron a la actividad política profesional, empeñados en representar a los sectores populares, aunque su procedencia social fuera distinta y que estuvieron particularmente imbuidos por un comunismo más radicalizado que encontraba en la violencia y en los llamados martirizantes componentes básicos de sus formas de acción pública. Según esta perspectiva, los socialistas revolucionarios en sus actividades propagandistas vincularon elementos retóricos cargados de alusiones a la violencia y la insurrección, los cuales, a su vez, se envolvían en un tono religioso con el cual los líderes socialistas se autorepresentaron como la encarnación del proyecto redentor de los sectores plebeyos.

De esta forma, estos socialistas son vistos no sólo como víctimas de la represión y la censura, sino también como propagadores de un fatalismo revolucionario que replicaba las lecciones de Moscú y la Internacional Comunista.

El análisis de Vanegas inquieta, como no podía ser de otra forma, algunas interpretaciones sobre las tradiciones socialistas. El trabajo reabre un debate historiográfico sobre esta tradición de la cultura política y sugiere pensar algunos problemas a los que me quiero referir a continuación. Se podría pensar mejor la oposición que se construye frente al primer socialismo de corte moderado con referencias más locales, y el socialismo revolucionario que se nutría de la Revolución Rusa como referente principal. El socialismo que despertaba a la vida pública en la década de 1910 también asumió elementos de los debates internacionales del socialismo, su identificación con la elevación material de los trabajadores no solo se ancló a su interés por representarlos en sus dimensiones económicas, sino que se perfilaba sobre los principios del socialismo evolutivo inspirado en la II Internacional a la que algunos de estos dirigentes declararon su simpatía. Además, desde muy temprano otros liderazgos estuvieron atentos a estas polémicas como se puede evidenciar en las *Conferencias Socialistas* de Juan de Dios Romero (1920) y en los programas del Partido Socialista elaborados por Francisco de Heredia entre 1922 y 1924.

Precisamente, para identificar otros elementos de la matriz discursiva de los socialistas es posible visitar otras fuentes, además de las hemerográficas, sobre todo si se piensa en varias hipótesis que se ofrecen en el libro frente al lugar de la elaboración doctrinaria de esta generación política. Vanegas hace que el peso del sustento empírico recaiga principalmente sobre los elementos discursivos vertidos sobre la prensa, cuestión que refuerza la interpretación más convencional de la historiografía que señala la inclinación propagandística y menos doctrinaria de los socialistas. Según esta lectura, el socialismo doctrinario y los lectores directos de Marx habrían llegado en la década de 1930, después de superar el voluntarismo práctico de la generación precedente. Este argumento, que es compartido en algunas dimensiones por el libro, desestima la manera en que los socialistas y sus liderazgos construyeron una idea del socialismo que no solo estaba atada a la acción. Por el contrario, en folletería, manuales, almanaques, la correspondencia y otro conjunto de “impresos menores” se fueron filtrando elementos que moldearon otras visiones sobre los sujetos a los que les interesaba representar y el proyecto político al que aspiraban.

Sobre este asunto la historiografía latinoamericana que se ocupa de la recepción y la circulación de las ideas viene valorando la singularidad de otros soportes impresos que sirven como ventanas para entender la apropiación y discusión con las corrientes políticas transnacionales. Además, estos mismos enfoques problematizan la idea centro-periferia comunista que se filtra en el análisis de Vanegas, donde las cabezas que piensan desde

Moscú ordenan a sus satélites que actúan, sin mucha voluntad.² Este elemento analítico orienta la discusión sobre uno de los problemas nucleares que se pueden derivar de la lectura del libro y que tienen que ver con los enfoques interpretativos que desde la perspectiva de François Furet se habilitaron desde finales de la década de 1980 para repensar la idea de revolución.³ El despliegue de la ideocracia que vincula el proyecto bolchevique a la violencia jacobina, y que en la lectura de Vanegas se traduce en las "alucinaciones doctrinarias", puede ser matizado con una revisión de las múltiples facetas de los socialistas colombianos. Sin desconocer el carácter rígido y excluyente de la manera en que la tradición bolchevique fue concibiendo a sus adversarios y copartidarios, no es posible condensar la acción pública de los liderazgos socialistas en una faceta militarista que absolutizó el camino violento. El carácter fatalista que fue dominando la retórica de algunos dirigentes socialistas se vinculó con otras acciones que se desplegaron en este contexto. En este mismo periodo, los socialistas revolucionarios establecieron alianzas momentáneas, no solo con los viejos militares del partido liberal, sino con otros sectores vinculados al mundo del periodismo liberal con los que desarrollaron acciones comunes orientadas por la sección colombiana de la Liga Antiimperialista de la Américas y las redes transnacionales que se impulsaron desde México. A través de esta red, que estuvo activa desde 1926 en cabeza de algunos dirigentes socialistas, se lograron realizar acciones de solidaridad y movilizaciones en contra de la intervención norteamericana en la región y en favor de la lucha sandinista.

Finalmente, se puede afirmar que el libro tiene unos alcances más amplios que nos sitúan en los tensos y necesarios debates sobre la historia de las izquierdas y de las revoluciones políticas de alcance transnacional. En otras palabras, Vanegas lanza un nuevo reto para seguir pensando los enfoques historiográficos que permiten iluminar y comprender tanto el socialismo como las culturas políticas en Colombia.

➔ **ANDRÉS CARO PERALTA**

Universidad Pedagógica Nacional, Colombia

eacarop@upn.edu.co / <https://orcid.org/0009-0006-8284-3141>

2 Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra* (Buenos Aires: FCE, 2017), 23.

3 François Furet, *La Revolución francesa en debate. De la utopía liberadora al desencanto en las democracias contemporáneas* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2016), 112.